Carlos Alfredo Baliña



Simone Weil

el espíritu sopla donde quiere

Carlos Alfredo Baliña



Simone Weil

el espíritu sopla donde quiere

Carlos Alfredo Baliña

Simone Weil: El Espíritu sopla donde quiere

III Simposio de Pensadores Cristianos,

Facultad de Filosofía y Letras,

Universidad Nacional de Cuyo,

Mendoza, Argentina.

Published by Jack Tollers at Smashwords

Índice

Proemio galeato

Como diría San Jerónimo, es necesario un prólogo con casco para justificar la presencia en este simposio de pensadores cristianos, junto a tantos y tan calificados personajes, de una autora no fácilmente homologable en los estándares de la teología católica clásica y, digámoslo de una vez, eclesialmente incorrecta. ¿Puede ubicarse en compañía de tan selecto grupo a una francesa de origen hebreo, de extrema izquierda, educada en la mejor escuela del agnosticismo racionalista francés? ¿Merece un lugar entre los pensadores cristianos una militante anarco-sindicalista, huésped de León Trotzky, que apenas iniciada la guerra civil española intervino en la contienda, precisamente en el bando rojo anticristiano? Finalmente, ¿puede una persona que se negó sistemáticamente a recibir el bautismo ser contada entre aquellos que integran el rebaño de Jesucristo? Parecería, en definitiva, que dado lo arduo de la empresa, ésta debiera ser más bien una conferencia galeata. Y sin embargo, este personaje al cual vamos a referirnos, mereció de Leonardo Castellani el siguiente juicio:

Tengo dos ideas desacostumbradas acerca de la santidad: una, que la de hoy día es diferente de la de otros tiempos; dos, que los santos de hoy no parecen santos -muchos dellos almenos. Y estoy por tornar la proposición: que además, los que parecen santos hoy día, no lo son.

Esto parece responder a mi experiencia. He topado en mi vida con «santos notorios» (el jesuita español X, el salesiano Y) y no les he dado mi voto ni confirmado el diploma; por otro lado, me parece que el luterano Suero Kirkegor (así habría que decir en español al filósofo Soeren Kierkegaard) y la judía Simona Weil fueron santos modernos; y los dos parecen dementes y herejes; tenidos de muchos por tales.

Además, en una entrada de sus diarios personales, Castellani llama a nuestra

autora “una mística en estado salvaje”.

Por lo tanto, con semejante espaldarazo, o yelmo, parece entonces razonable, o por lo menos no descabellado, incluir a este paradojal personaje en estas conferencias.

Mas, una vez aceptada, Simone Weil presenta otro problema cual es el de qué aspecto de su compleja, asistemática y despareja obra tratar. Pensemos que, por lo menos desde un punto de vista exclusivamente material, estamos en presencia de una prolífica escritora: la edición Gallimard de sus obras completas, en curso de publicación, comprenderá quince volúmenes. Si pensamos que estamos en presencia de una autora que falleció a los 34 años, tomamos inmediata conciencia de lo extraordinario de su producción. Pero lo más asombroso de todo no es tanto lo cuantitativo sino lo cualitativo de su obra, pues podríamos decir que Simone Weil escribió de omni re scibili; sus ensayos tratan de política, economía, historia, literatura, religiones comparadas, matemáticas, física, filosofía, teología y mística, nada más y nada menos, además de escribir poesía y obras de teatro. Y todo, como no sería ya de extrañar, dado lo singular del personaje que va apareciendo delante de nuestros ojos, todo escrito del modo menos sistemático que se pueda imaginar.

Creo también importante comentar que hay en este momento un auge extraordinario de la obra de nuestra pensadora. Año tras año se suceden, en todos los idiomas de la cultura, ediciones de sus obras. Como triste signo de la decadencia de nuestra patria, digamos de paso que la Argentina fue tal vez el primer país de habla hispana en traducir obras de Simone Weil, hace casi sesenta años. Como es obvio, la producción de estudios, ensayos y escritos acerca de la pensadora francesa es, en consecuencia abundantísima, con la particularidad de que la autora es disputada (y apropiada) tanto por escritores creyentes y confesionales como por no creyentes, agnósticos e izquierdistas de toda laya y pelaje.

Visto todo esto, y dado que posiblemente, Simone Weil es una perfecta desconocida para la mayor parte de los asistentes a este simposio, hemos decidido simplemente realizar una presentación biográfica de la filósofa francesa, bajo una formalidad –dicho a la moderna– ideológica o mejor, espiritual; o sea, en términos clásicos, una especie de itinerarium mentis in Deum.

*

Ambiente familiar y formación intelectual

Simone Adolphine Weil nace en París, el 3 de febrero de 1909, en el seno de una familia judía, intelectual y laica, de clase media alta. Su padre Bernard era un médico famoso y su hermano André, tres años mayor que ella, era un matemático brillante y precoz, destinado a convertirse en uno de los más importantes del mundo en su época. Como es común en la mayoría de los matemáticos, la inteligencia de André se desarrolla rápidamente y de modo evidente, hecho que, en una familia donde la inteligencia contaba en grado sumo, no deja causar alguna ansiedad en Simone desde pequeña. Así, gracias a André adquiere conocimientos excepcionalmente precoces en letras y ciencias. A los seis años sabe de memoria numerosos pasajes de Racine. Pero esto produce a los catorce años una crisis de desesperación adolescente:

A los catorce años caí en una de esas desesperaciones sin fondo de la adolescencia, y pensé seriamente en morir, a causa de la mediocridad de mis facultades naturales.

A pesar de las continuas interrupciones que la Primera guerra mundial provocaba en los estudios, obtiene, en junio de 1924, a los 15 años, su bachillerato en letras con la mención "bien". El presidente del jurado, especialista en literatura de la Alta Edad Media, le puso 19 sobre 20 después de su interrogatorio.

En octubre de ese mismo año entra en el Liceo Victor Duruy, a fin de seguir los cursos de filosofía de René Le Senne, y un año después entra en el liceo Henri IV para preparar su ingreso a la École Normale Supérieure. Durante tres años será alumna de Emile Chartier, conocido bajo el seudónimo de Alain, quien le reconoce genio filosófico, notando en ella un poder intelectual de excepción.

A los 19 años ingresa, con la calificación más alta, seguida por Simone de Beauvoir, a la École Normale Supérieure. Algunos de sus compañeros de promoción fueron Maurice Bardèche, Jean Beaufret, Robert Brasillach y Thierry Maulnier. Continúa los cursos con Alain y asiste a la Sorbona a los de Léon Brunschvicg. Al fin del segundo año defiende su tesis para el Diploma de Estudios Superiores de Filosofía, titulada “Ciencia y percepción en Descartes”. En ese año de 1930 comienzan los dolores de cabeza que la harán sufrir enormemente hasta el fin de su vida.

Como nota de color, citemos algunos testimonios de contemporáneos suyos de la época estudiantil.

Llevaba ropa de corte masculino, siempre el mismo modelo, una especie de traje a medida, con la falda bastante ancha y la chaqueta estrecha y larga, y los zapatos siempre planos. Nunca se ponía sombrero, lo cual, en aquella epoca, era impropio de la burguesía. Todo ello componía un personaje singular que recordaba a la intelligentsia revolucionaria y que, por una u otra razón, tenía la capacidad de irritar a muchas personas, y a veces basta de enfurecerlas.

Llevaba vestidos negros, mal cortados y sucios. Daba la impresión de no ver delante de si, y con frecuencia se tropezaba con las mesas al pasar. Sin sombrero, sus cabellos cortos, tiesos y mal peinados, semejaban alas de cuervo a ambos lados de su cara. Tenia una nariz grande de judía delgada en medio de una piel macilenta, que sobresalía de las alas por debajo de unas gafas de acero. Te desazonaba: hablaba lentamente con la serenidad de un espíritu ajeno a todo; la enfermedad, el cansancio, la desnudez o la muerte no contaban para ella ... Ejercía cierta fascinación, tanto por su lucidez como por su pensamiento alucinado.

En esta época estudiantil se manifiestan con claridad sus preocupaciones sociales y sindicales y su militancia en la izquierda, aunque sin suscribirse a partido alguno. Publica artículos de neto corte izquierdista en publicaciones sindicalistas

de la época.

La anécdota del encuentro con Simone de Beauvoir la pinta de cuerpo entero:

Simone de Beauvoir describe su encuentro con Weil cuando ambas coincidieron en la universidad. Cuenta Beauvoir que ya entonces Weil se había ganado una reputación algo intimidatoria. Un día se hizo la encontradiza con Weil en un patio de la Sorbona; mientras Weil sostenía decididamente la necesidad de la revolución para alimentar a las masas, Beauvoir recuerda que su aportación a la conversación fue la opinión filosófica según la cual lo que la gente necesitaba realmente era el sentido de su vida. Weil respondió con frialdad, tras mirarla rápidamente de arriba abajo, diciendo que estaba claro que nunca había pasado hambre. Beauvoir comprendió que con esta respuesta Weil la estaba identificando a ella y su filosofía como productos de la mezquina burguesía. (No obstante, añade Beauvoir, lo que más le impresionó de S. Weil no fue la severidad moral intimidatoria, sino la noticia de que Weil, al enterarse de que en China había tenido lugar un terremoto, lloró abiertamente pensando en la destrucción. Aquella reacción mostraba que tenía un corazón que latía a través del mundo).

*

Actividad docente y militancia política

Finalmente, es una de las primeras mujeres en egresar de la prestigiosa École Normale Supérieure como agrégée de philosophie, título reservado sólo a los graduados más brillantes, y es nombrada profesora en el liceo de señoritas de Puy. Sin embargo al poco tiempo surgen dificultades con los superiores del liceo por cuestiones políticas y metodología docente. Un diario conservador la apoda “la virgen roja”, por su extraña combinación de preocupaciones por la situación social y por la pureza y la verdad, apodo similar al de “imperativo categórico con faldas” con que también se la conoce. Cuenta Gustave Thibon que a un inspector general que la amenazaba con sanciones que podían llegar hasta la cesantía, le respondió sonriendo:

"Señor inspector, siempre he considerado la cesantía como la coronación normal de mi carrera."

Al cabo, es transferida del liceo por encabezar a una demostración de obreros desempleados, y destinada en 1932 al liceo de Auxerre, luego de realizar un viaje a Alemania.

Como la cátedra de filosofía en Auxerre es suprimida, es destinada en octubre de 1933 al liceo de Roanne. Su actividad como escritora en diversos órganos del pensamiento obrero y sindical es febril y se suceden mes tras mes, hasta consumarse en lo que ella consideraba “su legado” en la cuestión social. Nos referimos a las Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social. En dicha obra Simone Weil manifiesta su distanciamiento con respecto al marxismo, los partidos de izquierda y la U.R.S.S. Al respecto comenta Carlos Ortega en su introducción a "La gravedad y la Gracia":

Simone Weil advierte que algunos dogmas marxistas han operado a modo de costuras de la realidad. A la vista del sistema soviético, las formas de opresión son independientes del régimen legal de propiedad. A las formas tradicionales de opresión está a punto de sustituirles en todos los sistemas una nueva: «la ejercida en nombre de la función» por una casta burocrática surgida de una aberrante división del trabajo.

Es interesantísima la reacción del mismísimo Trotsky ante un artículo previo de Simone Weil titulado Perspectives, en el que ya manifiesta con claridad su postura definitiva, y el encuentro que el revolucionario tiene con nuestra pensadora:

Trotsky reaccionó con dureza a este artículo, al que tachó de «fórmula de liberalismo antiguo aderezada con una barata exaltación anarquista». A Simone Weil, más que indignarla, las palabras del exiliado ruso la divirtieron, y ese mismo año de 1933, al volver en vacaciones de Navidad a París desde Roanne, donde había sido destinada para el curso 1933-34 a petición propia, consiguió que sus padres cedieran una parte de su vivienda para que pudiera celebrarse una reunión de Trotsky con unos correligionarios suyos, lo cual le daría la oportunidad de hablar con él. La conversación entre ambos acerca de si Rusia era o no un Estado obrero fue subiendo de tono, hasta el punto de que Trotsky gritó en diversas ocasiones. Después de la reunión con sus compañeros, Trotsky, que no logró, a lo que parece, todos sus objetivos, declararía a los padres de Simone Weil: «Pueden ustedes decir que la Cuarta Internacional se ha constituido en su casa».

*

Actividad obrera

Pero Simone Weil, como ya podemos ir apreciando, no era de quedarse en una actitud puramente literaria con respecto a la cuestión social. Para tener una experiencia directa de los padecimientos de los obreros, a mediados de 1934 pide una licencia “para estudios personales” durante la cual completa la redacción final de sus Reflexiones, y en diciembre ingresa como obrero manual en la fábrica Alsthom (Sociedad de construcciones mecánicas), en París. En su "Diario de fábrica" anota lo siguiente:

Trabajo muy arduo: no solamente calor intolerable, sino que las llamas llegan casi a lamer los brazos y las manos. Es imprescindible domar los reflejos para no equivocarse.

El trabajo es tan agotador que sólo dura cinco meses, en medio de licencias por enfermedad. "Allí recibí la marca del esclavo", dirá más tarde. Sin embargo no se arredra y entra posteriormente como fresadora en la Renault, alquilando una pieza en una casa vecina, y tratando, a pesar de sus dolores de cabeza y de las debilidades físicas con las que tuvo que luchar siempre, de no admitir nada que difiriese de la condición de sus compañeros de fábrica.

Más allá de toda esta experiencia de contacto directo con el dolor, el hambre y la humillación, lo que Simone Weil más sufre es la separación extrema que el trabajo moderno produce entre la actividad misma y la facultad de pensar. Al decir de Carlos Ortega:

Es cierto que el ejercicio de pensar dificulta la tarea manual sometida a un ritmo de productividad óptimo y la hace más lenta e ineficaz, como no lo es menos que

eludiendo la reflexión sobre la propia condición y la inhumanidad del sistema productivo se evitan otros sufrimientos. En ese estado de cosas, advierte Simone Weil, trabajo manual y pensamiento se excluyen, y se dificulta mucho cualquier tentativa de encontrar desde dentro algo que fracture estas modernas formas de esclavitud industrial. Finalmente, se declara vencida: "El agotamiento acaba por hacerme olvidar las verdaderas razones de mi estancia en la fábrica, y me hace casi invencible la tentación más fuerte de todas las que comporta esta vida: la de no pensar como único y exclusivo medio de no sufrir".

Más importante aún, a raíz de su contacto con las humillaciones y la desventura de las masas obreras, Simone Weil descubre una idea capital de su concepción espiritual. Nos referimos al concepto de desgracia –malheur–, desarrollado posteriormente de modo antológico en su memorable ensayo dirigido al P. Perrin, "El amor de Dios y la desgracia", cuyo comienzo reza así:

En el dominio del sufrimiento, la desgracia es algo aparte, específico e irreductible. Es una cosa muy distinta del simple sufrimiento. Se apodera del alma y la marca hasta el fondo con su muy particular sello, la marca de la esclavitud.

*****

Primeros contactos con el catolicismo

Su vida, hasta este momento, no se diferenciaría demasiado de la de un intelectual de izquierda comprometido en forma inusualmente seria con la cuestión social. Sin embargo una serie de hechos aparentemente fortuitos –en sí providenciales– comenzarán a abrir su espíritu a otra realidad. Durante su experiencia en la Renault solicita su reintegro a la enseñanza y, previamente a dirigirse a su nuevo destino, decide tomarse unas vacaciones en España y Portugal durante los meses de agosto y septiembre de 1935. Y es en este último país donde experimenta el primero de sus “contactos con el catolicismo que realmente contaron”, el día de la fiesta de Nuestra Señora de los Siete Dolores, en una aldea a ochenta kilómetros al norte de Oporto, llamada Povoa do Varzim, el 15 de septiembre de 1935. Escuchemos como Simone Weil relata el hecho en una larga carta titulada “Autobiografía espiritual” dirigida a su amigo, el fraile dominico Joseph-Marie Perrin:

Después de ese año que trabajé en la fábrica, antes de retomar la enseñanza, mis padres me llevaron a Portugal; allí los dejé para irme sola a una pequeña aldea. Tenía el alma y el cuerpo hechos pedazos. Ese contacto con la desgracia había matado mi juventud. Hasta entonces no había tenido experiencia de la desgracia, salvo de la mía, que, siendo mía, me parecía poco importante, y que por otra parte no era más que una desgracia a medias, pues era biológica y no social... En este estado de ánimo y en condiciones físicas miserables entré en esa pequeña aldea portuguesa, que era, desgraciadamente, también muy miserable, sola, durante la noche, bajo la luna llena, el mismo día de la fiesta del santo patrono. Era a orillas del mar. Las mujeres de los pescadores pasaban alrededor de las barcas en procesión, llevando cirios y cantando canciones seguramente muy antiguas, de una tristeza desgarradora. Nada puede dar idea de lo que era. Jamás oí algo tan punzante, sino la canción de los barqueros del Volga. Tuve de pronto la certeza de que el cristianismo es por excelencia la religión de los esclavos, que los esclavos no podían dejar de adherirse a él, y yo entre los otros.

Este hecho cala hondamente en su alma, hasta el punto de que, cuando en octubre asume como profesora en el liceo de Bourges, va a trabajar periódicamente a una granja, y por las mañanas asiste de tanto en tanto a Misa en la catedral.

Pero en Simone Weil sigue latiendo su pathos izquierdista y revolucionario: promedia el año 1936 y estalla la guerra civil española. Apenas dos semanas después de iniciada, en agosto de ese año, Simone Weil viaja a Barcelona y se enrola como miliciana en el bando republicano, aunque sin intervenir en acciones de combate, en la anarco-sindicalista "Columna Durruti", un comando de veintidós anarquistas extranjeros que intervienen en las primeras y más leves escaramuzas en el frente de Aragón. Son muy interesantes sus reflexiones al respecto, vertidas en una carta dirigida a Georges Bernanos, que éste llevará siempre consigo hasta el fin de su vida. Como justificación de la ruptura de su pacifismo, Simone Weil argumenta que:

no amo la guerra, pero lo que siempre más me ha horrorizado de ella es la situación de los que quedan en la retaguardia. *

Nuevamente comprueba que, lo que ella consideraba como una buena causa, estaba manchada; descubre la crueldad de sus propios camaradas que ejecutaron a un sacerdote y a un muchacho de quince años por negarse a unirse a ellos.

Una va como voluntaria, con la idea de sacrificio, y se encuentra en una guerra que parece una guerra de mercenarios, pero con mucha más crueldad y con menos respeto humano al enemigo.

Mas su permanencia en el frente fue muy breve, pues un torpe accidente –se quema una pierna con una sartén de aceite hirviendo– la obliga a replegarse y a regresar a casa. Ello salva probablemente su vida pues poco después los

milicianos con los que había servido fueron aniquilados en una batalla.

A su regreso a Francia, solicita una licencia de un año por enfermedad, y realiza un viaje a Italia entre abril y junio de 1937, visitando Milán, Bolonia, Florencia y Roma. Este viaje tiene enorme importancia en su posterior desarrollo espiritual. En efecto, en contacto con el paisaje y la arquitectura italianas, sufre el impacto de la hermosura del mundo, llegando a concebir la belleza como un verdadero sacramento que lleva a Dios. Más importante aún, al visitar Asís se produce el segundo de sus contactos mayores con el Catolicismo. De este modo le escribe acerca de este encuentro al P. Perrin en la autobiografía espiritual ya mencionada:

En 1937 pasé en Asís dos días maravillosos. Sola en la pequeña capilla románica del siglo XII de Santa Maria degli Angeli, incomparable maravilla de pureza, donde San Francisco oró a menudo, algo más fuerte que yo me obligó, por primera vez en mi vida, a ponerme de rodillas.

Designada profesora en el Liceo de San Quintín, en la Semana Santa de 1938 se produce el tercero de sus contactos católicos: posiblemente movida por razones inicialmente estéticas, decide ir con su madre a la abadía de Solesmes, desde el Domingo de Ramos al martes de Pascua :

En 1938 pasé diez días en Solesmes, del domingo de Ramos al martes de Pascua, siguiendo todos los oficios. Tenía dolores de cabeza intensos, cada sonido me dolía como un golpe, y un extremo esfuerzo de atención me permitía salir de esta carne miserable, dejarla sufrir sola, abandonada en su rincón, y encontrar una alegría pura y perfecta en la belleza indecible del canto y las palabras. Esta experiencia me permitió al menos por analogía comprender la posibilidad de amar el amor divino a través del sufrimiento. Por supuesto, durante esos oficios la Pasión de Cristo entró en mí de una vez para siempre.

Aquella semana conoció a un joven católico inglés quien le hizo conocer los poetas metafísicos ingleses, en especial George Herbert y su poema "Love" (Amor).

Había allí un joven inglés católico que me dio por primera vez la idea de una virtud sobrenatural de los sacramentos, por el resplandor realmente angélico con que parecía revestido después de comulgar. El azar –siempre prefiero decir el azar y no la Providencia– hizo de él un verdadero mensajero para mí. Pues me hizo conocer la existencia de esos poetas ingleses del siglo XVII que se llaman metafísicos. Más tarde, leyéndolos, descubrí el poema que leí a usted en una traducción por desgracia muy insuficiente, aquel que se titula Amor. Lo aprendí de memoria. Muchas veces, en el momento culminante de violentas crisis de dolores de cabeza, me puse a recitarlo aplicando toda mi atención y adhiriéndome con toda mi alma a la ternura que encierra. Creía recitarlo solamente como un bello poema, pero sin saberlo esa recitación tenía la virtud de una plegaria.. En el curso de una de esas recitaciones, como ya se lo escribí, Cristo mismo descendió y se apoderó de mí.

*

Conversión

La experiencia de Solesmes marca un cambio en la perspectiva de Simone Weil: a partir de allí comienza a producir escritos, no solo de índole social y política, sino también de corte religioso y filosófico. Y es interesante referirnos a una cierta polémica entre los estudiosos de la pensadora francesa. Como ya dijimos más arriba, Simone Weil es disputada en la actualidad por dos bandos: el católico y el izquierdista agnóstico. Como podemos a esta altura comprender, la complejidad del pensamiento, y sobre todo de la vida de nuestra autora, da como para que se la estudie desde múltiples perspectivas, que se unifican en el misterio de la persona.

Algunos de ellos, como Maurice Blanchot, niegan que en Simone Weil haya habido ningún tipo de conversión luego de estas tres experiencias. En su opinión Simone Weil,

No se convierte, ni se convertirá nunca, a pesar de las solicitudes exteriores e interiores. Incluso hay algo de chocante en el hecho de esta joven intelectual, sin vínculos religiosos y como naturalmente atea, sea casi repentinamente a sus veintinueve años, sujeto de una experiencia mística de forma cristiana, sin que tal acontecimiento parezca modificar en nada el movimiento de su vida ni la dirección de su pensamiento.

Esto es cierto, en cuanto luego de estas experiencias, Simone Weil no experimenta ninguna ruptura notoria en su vida y en su pensamiento. Si uno tuviese una idea pueril de la conversión, limitado sólo a algunos aspectos exteriores de la moral y de las costumbres, no podría advertir naturalmente ninguna conversión en una vida que hasta allí era moralmente intachable –recordemos el mote de “virgen roja”– en cuanto coherencia entre su pensamiento y sus convicciones y acciones.

Lo que sí ocurre es que, sin abandonar en lo más mínimo sus preocupaciones de siempre acerca de lo social y las injusticias del mundo, su pensamiento accede a otro plano de la realidad, más profundo y abarcante. Simone Weil no debe abandonar ni, diríamos, renegar de su pasado revolucionario pues lo que en realidad latía en sus ideales era la pasión por la verdad y la justicia, a las cuales accederá de ahora en más de un modo más profundo. * Podemos decir que ella misma da la respuesta a la paradoja con su noción de sobrenatural:

El objeto de mi investigación no es lo sobrenatural, sino este mundo. Lo sobrenatural es la luz. No debemos atrevernos a hacer de ella un objeto; de lo contrario, la degradamos [...] No es por la forma en que un hombre habla de Dios, sino por la forma en que habla de las cosas terrenas, como se puede discernir mejor si su alma ha permanecido en el fuego del amor a Dios. Ahí no es posible ningún engaño. Hay falsas imitaciones del amor a Dios, pero no de la transformación que él realiza en el alma, porque la persona no puede tener ninguna idea de esta transformación más que si ella misma pasa por ella [...] Según la concepción de la vida humana expresada en los actos y las palabras de un hombre, sé (quiero decir que sabría, si tuviera discernimiento para ello) si ve esta vida desde un punto de vista situado en este mundo o desde lo alto del cielo. Por el contrario, cuando habla de Dios, no puedo discernir (aunque a veces sí puedo...) si habla desde dentro o desde fuera. [...] El valor de una forma de vida religiosa o, más generalmente, de una forma de vida espiritual, se aprecia por la intensidad de la luz proyectada sobre las cosas de este mundo. [...] Las cosas carnales son el criterio de las cosas espirituales. Esto es lo que generalmente no queremos reconocer, porque tenemos miedo a un criterio. La virtud de una cosa cualquiera se manifiesta fuera de ella.

Frases todas ellas que no dejan de recordarnos la definición que da el P.Castellani del santo:

es aquel que reza con los ojos abiertos.

o mejor todavía, el criterio supremo de discernimiento espiritual que Cristo nos da en el Evangelio:

por sus frutos los conoceréis.

Volviendo a la experiencia mística señalada más arriba (“En el curso de una de esas recitaciones [del poema "Love", de Herbert] Cristo mismo descendió y se apoderó de mí”), ocurrida por noviembre o diciembre de 1938, es muy importante hacer notar que Simone Weil era posiblemente la persona menos proclive a fabricarse una experiencia mística imaginaria. En primer lugar, por haber sido formada en un agnosticismo racionalista que le imposibilitaba teórica y prácticamente concebir filosóficamente la posibilidad de que el hombre pudiese entrar en contacto con el Ser Supremo, como ella misma dice en su ya mencionada autobiografía espiritual:

En mis razonamientos sobre la insolubilidad del problema de Dios, no había previsto esta posibilidad, de un contacto real, de persona a persona, aquí abajo, entre un ser humano y Dios en este repentino descenso de Cristo sobre mí, ni los sentidos ni la imaginación tuvieron participación alguna; sentí únicamente a través del sufrimiento la presencia de un amor análogo al que se lee en la sonrisa de un rostro amado.

A lo que debe agregarse, a favor de una experiencia sobrenatural verdadera, su desconocimiento, hasta ese entonces, de la literatura mística:

Jamás había leído los místicos [...] Dios me había impedido misericordiosamente leer los místicos, a fin de que me fuera evidente que yo no había fabricado ese contacto absolutamente inesperado.

*

Investigaciones religiosas

Durante el año 1939 Simone Weil continúa con sus actividades docentes, observando con creciente preocupación la situación europea. A fines de dicho año comienza una serie de lecturas de textos esenciales de las principales religiones; así, lee la epopeya de Gilgamesh y la Bhagavad Gita. Estas lecturas darán lugar a una serie de reflexiones personales, con hallazgos valiosos en muchos casos–y discutibles, en otros– acerca de la relación entre el Cristianismo y las demás religiones de la tierra, que se vieron plasmados en dos obras póstumas:"La connaissance surnaturelle", y "Intuitions préchrétienes." Digamos que la intuición profunda que conduce estas reflexiones es la convicción de la universalidad del Cristianismo, en pos de la cual, Simone Weil se lanza a la búsqueda de lo que San Agustín llamó las semina verbi, presentes en las más serias religiones y tradiciones paganas. Estas páginas están repletas de notables intuiciones, pero adolecen en muchos casos de evidentes exageraciones y errores pues, a veces, Simone Weil fuerza las cosas, y pretende encontrar realizaciones ante litteram de lo cristiano, hasta llegar a preguntarse por la posibilidad de la existencia de verdaderas encarnaciones previas del Verbo, algo evidentemente erróneo, en su afán desmedido de hacer llegar la luz divina a los hombres de todas las épocas. En todo esto no debemos olvidar que Simone Weil se movió prácticamente como una autodidacta en su conocimiento del Cristianismo y de la doctrina de la Iglesia. A pesar de todo, muchas de sus observaciones son valiosísimas, incluyendo notables análisis del folklore y de los mitos y leyendas de los pueblos primitivos, todos interpretados desde una perspectiva esencialmente cristiana.

*****

Actividad durante la guerra

Mas la llegada de los dramáticos años 1939 y 1940 significa para Simone Weil comprometerse decididamente en los sucesos que conmovieron al mundo. Así, abandona su pacifismo anterior a raíz de la entrada de Alemania en Praga, y escribe un artículo contra el nazismo. Pero el 13 de junio, víspera de la toma de París por las fuerzas alemanas, los Weil deben abandonar la capital por tren. En septiembre llegan a Marsella, luego de haber pasado por Nevers, Vichy, y Toulouse. Privada de la docencia, continúa con sus estudios y publica en diciembre de dicho una de sus obras más importantes, La Ilíada o el poema de la fuerza, bajo el seudónimo anagramático de Emile Novis, en los Cahiers du Sud.

Como es fácil de imaginarse, en Marsella toma contacto con ese movimiento, tan diverso en orígenes y fines, conocido posteriormente como la Resistencia. Distribuye clandestinamente escritos contra la ocupación alemana, visita campos de prisioneros, y en una oportunidad se hace arrestar y con un gesto muy de ella, no se defiende ante el juez. Sin embargo, su obvia oposición al nazismo no debe hacernos creer en un fácil embanderamiento suyo en el bando contrario. Así en 1942 escribía:

Los que hoy creen que alguno de los adversarios está del lado del bien creen igualmente que éste obtendrá la victoria.

O en palabras muy sopesadas de Gustave Thibon:

…sería injusto a su memoria que el contenido eterno y trascendente de su mensaje fuera interpretado en el sentido de la actualidad política y mezclado con las luchas de los partidos. Ninguna facción, ninguna ideología social, tiene el

derecho de reclamarla para sí. Su amor por el pueblo y su odio a toda opresión no bastan para atribuirla a los partidos de izquierda; su negación del progreso y su culto de la tradición no autorizan a clasificarla en la derecha. Ponía en los compromisos políticos la misma pasión que en todas sus cosas, pero, lejos de convertir en ídolo a una idea, una nación o una clase, sabía que lo social es por excelencia el dominio de lo relativo y del mal (“contemplar lo social –escribía– constituye una purificación tan eficaz como retirarse del mundo; por eso no me arrepiento de haber recorrido largamente la política”) y que, en ese orden, el deber del alma sobrenatural no consiste en abrazar fanáticamente un partido, sino intentar continuamente reestablecer el equilibrio poniéndose a favor de los vencidos y de los oprimidos.

*

Contacto con el P. Perrin y Gustave Thibon

Su permanencia en Marsella durante el año 1941 le permite tomar contacto con dos personajes católicos que tendrán mucho que ver con la posterior difusión de su obra. Nos referimos a los ya mencionados Joseph-Marie Perrin o.p. y Gustave Thibon. Desde el momento en que lo conoce, Simone Weil traba una abierta amistad con el P. Perrin, la cual le permite por vez primera confrontar su pensamiento con el de un representante ministerial de la Iglesia Católica. La sucesión de cartas intercambiadas entre ambos es un excepcional testimonio del singularísimo itinerarium mentis in Deum de la filósofa francesa y de la profundidad de su pensamiento. Lo esencial de las categorías weilianas –la gravedad, la gracia, el amor de Dios y la desgracia, la descreación, lo social, la atención–, van surgiendo con el correr de las cartas y son sometidas a crítica por el fraile dominico.

Pero tal vez lo más chocante para un creyente sea la actitud de Simone Weil ante la Iglesia y la posibilidad del bautismo. Se trata de una cuestión realmente compleja donde se mezclan tanto prejuicios y exageraciones de nuestra pensadora como apreciaciones muy profundas y sutiles que no pueden ser despreciadas de manera ligera. Obviamente, no vamos a desarrollar la cuestión a fondo, la cual podría incluso ser tema de todo un simposio. Simplemente diremos lo siguiente. En primer lugar, Simone Weil siempre tuvo una particular aversión a la presión social y una profunda desconfianza al instinto gregario. Una categoría esencial de su pensamiento es la de gran animal, expresión tomada de la República de Platón; este mito representa para nuestra autora la fuerza ciega de lo social susceptible de atraerse la idolatría del individuo y de convertirse en un fin en sí mismo.

Lo categórico de sus expresiones no debe hacernos pensar en un rechazo sin más de la sociedad; sin detenernos en el tema, digamos que paralelamente a la cuestión del gran animal, Simone Weil desarrolla su concepto de metaxú, intermediario en griego, o sea todos los puentes que lo social establece hacia

Dios por medio de la patria, la familia, las tradiciones, la cultura, etc.

Todo esto debe ser, en consecuencia, tenido en cuenta cuando vemos que Simone Weil le manifiesta al P. Perrin su miedo por la “naturaleza social” de la Iglesia, a la cual ve con mucha frecuencia ocupando la auténtica centralidad de Dios. Dada su aversión raigal al gran animal, ella ve en el aspecto totalizante de la Iglesia, el peligro de convertirse en el más grande de los totalitarismos. Obviamente no defendemos simpliciter la postura de nuestra pensadora, pero no podemos dejar de observar que secundum quid su crítica tiene miga y apunta a una tentación permanente de la Iglesia en su encarnación histórica, que la filósofa no deja de asociar con el fariseísmo, en forma explícita.

En consecuencia Simone Weil manifiesta al P. Perrin su convicción de que no debe bautizarse y entrar a formar parte expresa de la Iglesia, por considerar que el deseo de pertenecer a ese Cuerpo, vehemente en ella, debe ser considerado como una tentación y en consecuencia, resistido, hasta tanto Dios no le manifieste otra cosa.

El mismo P. Perrin sirve de intermediario para que Simone Weil conociera a Gustave Thibon. Movida por su deseo de realizar trabajo físico, de que la realidad entre en el cuerpo, nuestra escritora se aloja con los Thibon en su finca de Saint Marcel d’Ardèche y trabaja en la vendimia de agosto a octubre. Sus contactos personales con Thibon fueron sumamente fecundos para ambos, aunque dificultosos al principio, como cuenta el pensador francés.

Nuestros primeros contactos fueron cordiales, pero penosos. En las cosas concretas, no estábamos de acuerdo casi sobre nada. Discutía al infinito, con voz inflexible y monótona, y yo salía literalmente consumido de esas conversaciones sin término [...] comprobé gradualmente que ese aspecto imposible de su carácter, lejos de ser expresión de su naturaleza profunda, no traducía más que su yo exterior y social. [...] Comenzaba entonces a abrirse con toda su alma al cristianismo; un misticismo sin mácula emanaba de ella; no he encontrado jamás

en un ser humano una familiaridad semejante con los misterios religiosos; jamás la palabra sobrenatural me ha parecido tan henchida de sentido como a su contacto.

*

Aproximación a la oración

Se establece entre ambos una verdadera amistad, hasta el punto de que Simone Weil le confía a Thibon, antes de partir de Francia rumbo a los Estados Unidos, los preciosos cuadernos con sus reflexiones personales. Además con Thibon descubre a San Juan de la Cruz, con quien sintoniza de inmediato y hace de ahí en más uno de sus autores predilectos, especialmente en las cuestiones referidas a las noches del alma y del espíritu, sobre las cuales nuestra autora realiza reflexiones profundísimas. Pero, más importante aún, si cabe, descubre la oración.

Hasta septiembre último en mi vida jamás me había ocurrido rezar, ni siquiera una vez, en el sentido literal de la palabra. Nunca había dirigido en voz alta o mentalmente palabras a Dios. Jamás había pronunciado una oración litúrgica. Había recitado a veces el Salve Regina, pero sólo como un bello poema.

El año pasado, estudiando griego con Thibon, le traduje literalmente el Pater del griego. Nos prometimos aprenderlo de memoria. Creo que no lo hizo. Yo tampoco en ese momento. Pero algunas semanas más tarde, hojeando el Evangelio, me dije que, puesto que me lo había prometido y estaba bien, debía hacerlo. Lo hice. La infinita dulzura de ese texto griego se apoderó de mí de tal manera que durante algunos días no podía evitar el recitarlo continuamente. Una semana después comencé la vendimia. Todos los días antes de empezar el trabajo recitaba el Pater en griego, y lo repetía a menudo en la viña.

Desde entonces me impuse como única práctica recitarlo una vez cada mañana con atención absoluta. [...] La virtud de esta práctica es extraordinaria y me sorprende siempre; aunque todos los días la experimento, cada vez sobrepasa lo que espero. [...] A veces también, durante esa recitación o en otros momentos, Cristo está presente en persona, pero con una presencia infinitamente más real,

más aguda, más clara y más plena de amor que esa primera vez en que se apoderó de mí.

*

Últimos escritos y viaje a Inglaterra

En noviembre del ’41 regresa a Marsella y se aboca febrilmente a la escritura, sobre todo los últimos cinco o seis meses que, junto con el período de Londres son los de su mayor fecundidad, como si un presentimiento le indicara que los días de su estadía en la tierra estuviesen llegando a su fin. De esa época son la mayor parte de sus Cuadernos, los escritos que integran "Espera de Dios", editado póstumamente por el P. Perrin, lo mismo que "La gravedad y la gracia" por Gustave Thibon, "La fuente griega" y las "Intuiciones precristianas".

En la Semana Santa de 1942 asiste a la abadía de En-Calcat donde mantiene una serie de conversaciones con Dom Clement Jacob.

El 14 de mayo parte para los Estados Unidos acompañando a sus padres; en Nueva York se encuentra con Jacques Maritain y con el P. Couturier, a quien dirige su Carta a un religioso. Pero no se queda tranquila y decide viajar a Inglaterra para colaborar con la resistencia.

El 14 de diciembre llega a Londres y se pone al servicio de la dirección del interior de la “Francia libre”.

Llegamos así a 1943, que será el último año de su corta y ajetreada vida. Entre enero y abril a raíz de un encargo que se le hace de estudiar textos y esbozar planes para el futuro de Francia, redacta una larga memoria sobre los derechos y deberes recíprocos o conjuntos del Estado y del hombre conocida como "El desarraigo". Además escribe "La teoría de los sacramentos" y su "Último escrito".

*

Enfermedad y muerte

Abrumada de trabajo, su salud se derrumba y el 15 de abril ingresa en el Hospital Middlesex de Londres enferma de tuberculosis. Su recuperación no era imposible pese a la escasez de penicilina, pero el tratamiento exigía descanso y buena alimentación, y Simone Weil se negaba a comer más de lo que pensaba que la gente comía en la Francia ocupada.

Como consecuencia de esto, su situación empeora y el 17 de agosto es transferida al sanatorio de Ashford, en el condado de Kent, donde muere el 24 de agosto y es inhumada el 30, en el New Cemetery de Ashford.

En ese momento es una ilustre desconocida; su nombre ha sido olvidado por los franceses que a lo sumo la asocian al de una intelectual del izquierda de los ’30, y no ha publicado ningún libro. Pero sus amigos, los que la conocieron, saben de su valía y luego de la guerra comienzan a publicar sus escritos. De este modo se llega a la paradoja que Simone Weil se convierte en una escritora reconocida póstumamente. Como dijimos al comienzo su figura y su pensamiento se agiganta día a día.

*****

Bautismo tardío

Pero hay un hecho fundamental de la vida de nuestra autora que no hemos mencionado todavía puesto que fue conocido recién en mayo de 1988. En un encuentro de la American Weil Society en Cambridge, Massachussets, Simone Dietz, amiga de nuestra pensadora y compañera suya de trabajo en Londres, luego de años de silencio por respeto a la familia Weil, reveló que unos pocos meses antes de morir, Simone Weil le pidió que la bautizara, lo que ella hizo de inmediato. Previamente, le había dado instrucciones para que lo hiciera en caso de que ella entrase en coma. Inclusive reveló que previamente había persuadido a su hermano, quien no era creyente para que bautizara a su hija.

Con este hecho de enorme importancia cerramos esta exposición con la convicción de que, finalmente, nuestra querida pensadora francesa merece sin dudas un lugar entre los intelectuales seguidores de Nuestro Señor Jesucristo. Mas no quisiera dejar de citar para finalizar la exposición, una frase del gran T.S. Elliot, admirador de Simone Weil, quien inclusive colocó una lápida en la despojada tumba de Kent, quien en su prólogo al "Desarraigo" escribió esta frase que muy bien podría ser una síntesis de todo lo dicho y la expresión de lo paradojal de su persona:

Amó de verdad el orden y la jerarquía, más que muchos de los que se llaman a sí conservadores, y al mismo tiempo amó de verdad al pueblo, más que muchos de los que se llaman a sí mismos socialistas.

Fin